

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

16ª JORNADA DE LECTURA DE ENSAYOS DE LOS ESTUDIANTES, EGRESADOS Y
DOCENTES DE LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA [30/04/08]

LA CONSTRUCCIÓN DE DESEO EN EL NIÑO ESPECIAL

Cruz Elena Vergara M.

Psicóloga con énfasis en Psicología social
Licenciada en Educación Especial
Docente investigadora
Facultad Educación y Psicología
FUNLAM

“Muchos padres programan a sus hijos de la misma manera en que programan la compra de una máquina de lavar o un aparato de televisión; desgraciadamente se llama a estos hijos hijos deseados”
(Francoise Dolto. 1982, p. 9)

En el encuentro de hoy, como en los anteriores, me ocuparé de pensar al *niño problema*; ese que no marcha como se espera que lo haga en la escuela, en la familia y en la sociedad. Propongo para tal efecto, considerar la intervención con la madre como elemento fundamental para comprender el funcionamiento psíquico del niño. Iniciaré con una viñeta clínica:

Juan, es un chico de 12 años, desde los 4 meses ha presentado crisis convulsivas periódicas, su desarrollo general ha estado por debajo de lo esperado para su edad, grado escolar y contexto; presenta serias dificultades para asumir la norma, tendiendo a objetarla siempre

La primera evaluación psicológica realizada a los cinco años, no determinó diagnóstico preciso, argumentado en que “las respuestas emitidas por el usuario, no son constantes, demuestra habilidades normales en algunas áreas

y déficit significativo en otras, por lo tanto se sugiere realizar evaluación en un año". Recomiendan intervención para terapia de lenguaje.

El niño, estuvo en programas de integración escolar, donde curso tres veces el grado de transición; actualmente se encuentra cursando primer año de básica primaria, en un centro de educación regular; a la edad de 9 años fue nuevamente evaluado, en un instituto para Niños con Necesidades Educativas Especiales, donde recibía atención pedagógica y apoyo al programa de integración escolar, veamos apartes del informe evaluativo: "Motivo de evaluación: Usuario de 9 años de edad cronológica, remitido a evaluación interdisciplinaria por la educadora del aula de apoyo a la integración escolar para Determinar C.I, edad psicolingüística y clarificación de Diagnóstico; para tal fin, se aplicaron dos pruebas estandarizadas que evalúan C.I.

Observaciones: Sus competencias a nivel general indican un mejor resultado que el arrojado por las pruebas. Durante la ejecución de éstas se detectaron marcadas dificultades atencionales, por lo cual se infiere, que éstas pueden incidir en el resultado de la prueba de inteligencia.

Conclusiones: Nivel de C.I, inferior al esperado para su edad y nivel actual, déficit en aptitudes psicolingüísticas implicadas en la comunicación y el aprendizaje.

Diagnóstico: Discapacidad Intelectual.

Recomendaciones: Realizar valoración neurológica, para determinar apoyo farmacológico, para la Hiperactividad.

Continuar escolarización regular y re-evaluar en un año, para determinar pertinencia de educación Especial.

Al escuchar a la madre de Juan, quien se muestra muy angustiada por no tener un diagnóstico que le aclare el motivo por el cual su hijo no aprende, se percibe una mujer cansada, desgastada de ir de un lado a otro, una madre que volcó su ser, hacia JUAN.

Al referirse a su hijo, lo nombra como un *niño que le resulta difícil de llevar*. Juan no avisó que estaba en su vida hasta los cinco meses de gestación. Tiempo avanzado de embarazo, durante el cual, todos sus cuidados estaban dirigidos a su hija mayor, quien en ese entonces tenía 8 meses.

Esta historia, nos permite ilustrar, cómo la relación madre - hijo, está atravesada por la posición subjetiva de ésta. En su discurso, da cuenta del no reconocimiento de la existencia de Juan en su vida; asunto que al tratar de determinar el diagnóstico desde las neurociencias pasa desapercibido. Las pruebas no alcanzan a medir las huellas mnémicas¹ que deja el vínculo afectivo con la madre en el psiquismo de un sujeto, en este caso de un niño.

Escuchando a la madre, observando al niño y considerando las evaluaciones realizadas, seguramente el diagnóstico que mejor explique el déficit de Juan, en lo cognitivo, en lo académico, y en el Lenguaje sea la presencia de un Retardo Mental (R.M.); y eso es viable y aceptable; sin embargo, lo que inquieta ahora a la madre, no es si Juan tiene o no, R.M. Su pregunta se dirige a ¿Por qué Juan no aprende a leer y a escribir, si ha aprendido tantas cosas? ¿Por qué Juan, ya no quiere ir a la escuela? ¿Por qué hasta ahora se muestra con tanta dificultad para obedecer? ¿Por qué si al fin hizo la primera comunión que era su gran sueño, está tan imposible de manejar? Valga anotar, que hacer la primera comunión se había impuesto como un premio si aprendía a leer y a escribir.

Al indagarle a la madre, por este asunto - leer y escribir- como requisito para hacer la primera comunión, revive en ella, su propia historia: ella, a la edad de 6 años, hizo la primera comunión, aprendió a leer y a escribir mucho antes de ingresar a la escolaridad.

Con los dichos de la madre, y la demanda que se le hace al niño de: *aprenda*, se puede pensar el lugar que Juan representa en la dinámica psíquica de ella; al parecer, ella revive en su hijo, el imperativo que a su vez recibió de su madre: “era requisito saber leer y escribir”, desde que lo *lográbamos*, mamá nos trataba diferente”...continúa diciendo.

¹ Registros de recuerdos inconscientes de marcada significación subjetiva.

Leer y escribir, logro académico que para un sujeto representa más que eso; leer y escribir (así lo he descubierto en la clínica con niños), se convierte en causa de separación; este logro académico indica que ya el niño puede hacer solo; estar solo en los aprendizajes escolares.

A aprender, no se obliga, el deseo del aprendizaje escolar va más allá de la demanda de la escuela y de los padres, bien lo señala Annie Cordie en su texto sobre los retrasados no existen (1995) cuando dice, “para que un niño aprenda es necesario que lo desee, pero nada ni nadie puede obligar a alguien a desear” (P.27).

El deseo no se impone, y el no aprender a leer y a escribir, así haya presencia de R. M, puede ser una elección inconsciente del sujeto; visto de este modo, es posible pensar que Juan, al igual que otros niños, con o sin R.M, tienen una demanda de saber de los padres y de la escuela, que los desborda, ubicándolos en una imposibilidad de aprender que va más allá de lo cognitivo.

Al escuchar a Juan, en su negativa de ir a la escuela, dice: Yo quiero trabajar como mi papá, yo ya se leer, mire! a- e - i - c - m- o- p, nombra cada fonema y lo relaciona adecuadamente con los grafemas que ve en el consultorio.

Pero, ¿qué desea Juan? Esa es la pregunta que se le nombra a la madre, ante la cual ella insiste: todavía no sabe leer ni escribir, y son muchos años esperando, con terapias, institutos, clases particulares; al insistirle ¿qué desea Juan? Ella responde, es que él no sabe.

Hay en la madre un reconocimiento hacia Juan, como el niño que no sabe qué desea, pero de quien se espera lo que para ella es importante: que lea y escriba para que sea alguien en la vida. ¿Acaso quien no aprende lo académico, no es? ¿La academia le otorga el lugar de sujeto al ser humano? Interrogantes como estos, plantea Dolto, en *Tener hijos/3. Niño deseado, niño feliz*. (1982), dando respuestas a una madre inquieta por el bajo resultado escolar en su hijo: “¿Aportan los estudios la alegría de aprender? ¿Responden los estudios al deseo de saber? ¿O bien las buenas notas, el éxito en los

exámenes y los diplomas son el precio de un masoquismo inculcado como virtud?" (p. 90).

¿Qué desea Juan? Él, al igual que todos los niños, toma como referente la imagen de un adulto significativo, en este caso su padre. El deseo, como es sabido no es un consecuente natural, el deseo se constituye gracias a la relación especular que el niño ve en el Otro, así lo podemos pensar desde el estadio del espejo propuesto por Lacan -para explicar la constitución psíquica de un sujeto-, desde la teoría de los tres registros: Real, Simbólico, Imaginario.

Se comprende entonces, que el deseo no viene en los genes, no se transmite biológicamente por el padre o la madre; el deseo, entendido desde el psicoanálisis, obedece a una construcción psíquica, que siempre está articulada al Deseo del Otro; esta concepción se deriva de la concepción Hegeliana del deseo, desarrollada en sobre la Fenomenología del Espíritu, donde se presentan tres acepciones para pensar la construcción de deseo en un sujeto:

1. desear al Otro, amarlo
2. desear ser reconocido por el otro, ser deseado
3. desea lo que el Otro desea, identificarse al otro

Esta última premisa se presenta gracias a la identificación; entendiendo por ésta el mecanismo psíquico que permite la diferencia subjetiva que un sujeto puede establecer con el otro semejante y con el Otro de la cultura; diferencia que se articula a la posibilidad de semejanza, en este caso semejanza al padre, a quien el niño admira y desea; este poder de admiración permite instaurar en el niño, deseo de ser como ese a quien admira y ama y por quién desea ser deseado.

Para Juan, acompañar a su padre al trabajo, se convierte en el mejor de los reconocimientos al que se hace merecedor, el padre no condiciona la compañía de Juan al trabajo por su desempeño académico, el padre le pide ayuda con sus deberes, y le designa responsabilidades en tareas en las que él se siente en capacidad de responder adecuadamente, así va develándose la posición de Juan, sobre su deseo.

Bien, hablar del deseo desde la propuesta presente, implica hablar de representación, la cual a su vez va unida a la posibilidad de identificación psíquica. Para comprender mejor este postulado, recordemos que la identificación primaria se inicia en el estadio del espejo, según Lacan, es allí donde el sujeto se reconoce diferenciado de la madre, es en este estadio donde a través de la imagen especular, el yo se reconoce totalizado, y diferenciado, separado, el niño se identifica con la imagen reflejada en el espejo y a su vez se diferencia de la madre, se reconoce como un ser independiente y completo, no fragmentado, como hasta entonces, encuentra en la imagen especular la posibilidad psíquica de la representación.

Pero ¿Qué es entonces la representación? Según Marc Strauss (1996), evocando a Lacan en una conferencia pública sobre autismo y psicoanálisis, donde alude al estadio del espejo como el acto que permite al sujeto aprehenderse como una totalidad dice: “Ese momento de constitución de una unidad es una unidad imaginaria que se sostiene a partir de la imagen de sí. Lacan demuestra que esa totalidad está determinada por lo simbólico, por eso que determina el Otro, porque el sujeto está determinado por el Otro, porque el Otro lo sitúa en un lugar determinado, incluso antes de que él haya nacido”. (La relación de objeto. Conferencia pública: La Perspectiva Psicoanalítica del Autismo. Asociación del Campo Freudiano de Colombia. Bogotá. p. 36)

Retomando el caso que nos ocupa, vemos que Juan no existió en el discurso de la madre, hasta cinco meses después de su concepción; este detalle, unido a la manera como la madre lo nombra “*una carga difícil de llevar*”, hace posible pensar que ambos asuntos han tenido efecto en el psiquismo del niño. Ser nombrado como una carga difícil de llevar, le deja por fuera de su lugar de sujeto deseante.

A los niños con algún tipo de discapacidad, en particular discapacidad cognitiva, es frecuente que se les niegue el estatuto de sujetos, negándoles con ello, la posibilidad de elegir, de preguntar y por lo tanto de aprender, de saber.

Ahora bien, la propuesta es pensar el deseo en el niño (que no se acoge a los parámetros de normalidad), en relación con la posición subjetiva de la madre. No se trata de culpabilizarla; al contrario, se trata de considerarla en su

función materna más allá de ser la persona que provee los cuidados primordiales para conservar la vida de su hijo, se trata de reivindicarla en su lugar de sujeto deseante, que sufre y se angustia, al ver la imposibilidad de no lograr que su hijo marche a la par de los otros niños.

La intervención clínica en este caso y la invitación a seguir, en casos similares, es atender a la madre en su sufrimiento, sufrimiento que en la más de la veces es causa de goce; es decir, se instaura el niño especial, como el síntoma que garantiza el sufrimiento de la madre, emerge la imposibilidad de aprendizaje del niño y la insistencia de la madre en que aprenda, como una manifestación de goce, de ese empuje difícil de parar, el mismo que desata en la madre un cúmulo de sentimientos de culpa ante la impotencia de no lograr que su hijo aprenda.

A la madre, hay que atenderla del mismo modo que se hace con un sujeto en la clínica del uno por uno, hay que acompañarla en su elaboración de duelo, ayudarle a construir una manera más amable de estar en la vida con un hijo, que si bien no responde a los estándares de normalidad, si puede responder a su propio deseo: trabajar como su padre.

En conclusión, una intervención oportuna con la madre de un sujeto, aun en presencia de discapacidad cognitiva, hace posible que éste se inscriba como un sujeto de derecho, de deseo.

Para terminar, una anotación más, en relación a las madres, y su función materna, en la vida de sus hijos: “deben aceptar ustedes que se les reproche algo en el futuro; por el momento, su hijo desvaría o comete desatinos porque ustedes mismas desempeñan a la vez los papeles del padre, de la madre y hasta del propio hijo al poner sus ambiciones personales en el lugar de las del niño que todavía han de descubrirse. Hay que amar a los hijos tales como son y no querer en lugar de ellos” (Dolto, p.97).

Bibliografía.

Dolto, F. (1982). *Tener hijos/3. Niño deseado, niño feliz*. Buenos Aires: Paidós.

Marc, S-S. (1996). *La Perspectiva Psicoanalítica del Autismo*. Bogotá: Asociación del Campo Freudiano de Colombia.

Cordíe, A. *Los retrasados no existen. Psicoanálisis de niños con fracaso escolar. (1994)*. Buenos Aires: Nueva Visión.